

EL TEATRO

DIRECTOR
JOSE DEL PERO

PUBLICACION MENSUAL

ADMINISTRACION
SANTA FE DE BOGOTA



SRA. DOÑA ROSARIO PINO, DEL TEATRO DE LA COMEDIA

FOT. COMPANY

01/19/05
01/19/05
01/19/05
01/19/05

EL TEATRO

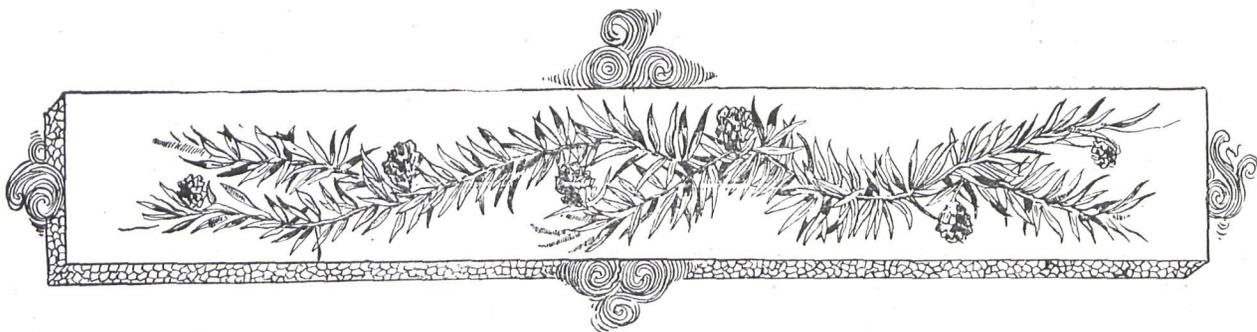
Núm. 30

Marzo 1908



SRA. DOÑA FELISA TORRES, EN «EL REY MAGO»

Fot. Compañy



CRÓNICA GENERAL

TIEMPO ha que cuantos se ocupan en el estudio de la literatura dramática moderna se preguntan, sin que acierten á dar con la contestación, cómo han de ser los moldes en que se funda el drama (tomada esta palabra en su más lato sentido) de los nuevos tiempos. Fuera de España, más que en España, se han hecho no pocos tanteos. Ibsen y Bjornson, en Noruega, Hauptmann en Alemania, Mterlink en Bélgica, D'Annunzio en Italia, y en Francia todos los imitadores de los citados dramaturgos, se esfuerzan por ensanchar los límites, á la verdad harto rígidos, del teatro que nos legó el siglo XIX. A excepción del autor de *Brand*, cuyas innovaciones más se refieren á las ideas que á los procedimientos escénicos, los autores modernos siguen apelando á los mismos recursos, á idénticos resortes y á iguales efectos que estaban en boga en los tiempos en que Seribe imperaba en Francia y Eguilaz en España.

Siendo esto así, ó creyendo yo que lo es, calcúlese la grata sorpresa que me produciría ver anunciado en el cartel de la Alhambra el estreno de una obra en un acto, calificada no sé si por el autor ó por la empresa, me inclino á creer que por la empresa, de comedia moderna. «He aquí—pensé yo—que Benavente, porque Benavente era el autor de la obra anunciada con el título de *Por la herida*, nos va á dar, de la manera más eficaz, prácticamente, los nuevos cánones del arte dramático moderno. Y á la Alhambra me dirigí con curiosidad semejante á la que debieron sentir los afortunados asistentes al estreno del *Hernani*, y más tarde los primeros lectores del prefacio del *Cronwell*... Desgraciadamente *Por la herida* ni es moderna ni casi comedia, sino un cuento en forma dialogada en el cual se da un golpe más al manoseado tema del adulterio. Lo único que de comedia moderna puede tener aquello es la rapidez, y esta ya la había llevado al teatro con fortuna el autor de cierta inocentada que se titula *Un drama en cinco minutos*. Salí, pues, del teatro donde Morano ha luchado durante algunos días denodadamente contra la indiferencia del público, sin haber podido averiguar, no obstante haber visto *Por la herida*, qué cosa sea la comedia moderna.

Neches antes se verificó en el mismo teatro el estreno de un arreglo que los señores Francos Rodríguez y Llana han hecho de la famosa comedia de Alejandro Dumas, padre, titulada *Kean*. Esta comedia, que quizás inspiró á nuestro Tamayo la ingeniosa y sorprendente máquina del último cuadro de *Un drama nuevo*, vive aún en la escena por lo mucho que se presta á que un actor de talento luzca, en el papel del protagonista, todos los recursos de su arte. Los arregladores han modificado consi-

derablemente el texto original, aligerándolo mucho, y abreviando, aunque á costa de la debida justificación, el desenlace. Así y todo el papel de Kean resulta un verdadero papelón y gracias á él pudo desplegar Francisco Morano sus estimables cualidades artísticas, llegando al final de la obra con buena fortuna, aunque no con tanta como la que tuvo en los primeros actos.

Pero dejemos ya la Alhambra y entremos en el teatro Español.

Manantial que no se agota no es sólo un drama de Echegaray, es Echegaray mismo. Su asombrosa inteligencia no padece desfallecimientos. Como Lope cuando quiere, quiere, y hoy, como hace treinta años, sabe atraer, deslumbrar y electrizar al público. Y es que el autor de *La escalinata de un trono*, además de sus excepcionales dotes imaginativas, tiene una exuberancia asombrosa de españolismo. Siente el arte á la manera como lo sentía Calderón, el más español de nuestros grandes autores dramáticos. Prefiere á la pintura individual de caracteres, personificar en sus personajes cualidades extraordinarias; más que á presentar hechos corrientes de la vida, tiende á expresar los momentos culminantes de las grandes pasiones, y le atrae con irresistible fuerza lo enorme y á veces lo monstruoso. Sus personajes rara vez son normales, y si por acaso lo son, pronto se ven invadidos por la fiebre y el delirio en algunos momentos.

Todos los de *La escalinata de un trono* son delirantes, tanto en lo que hacen como en lo que dicen. Viven en un torbellino dantesco: la lógica de la vida no reza con ellos; están sobre la lógica y sobre la razón. Como otros muchos dramas de Echegaray, *La escalinata* se ha hecho para la escena final, inspirada, sin duda, en una de los episodios de *Salombó*. Hasta llegar á esa escena salta el autor por cuantos obstáculos le salen al paso, pero al fin llega y triunfa y hay que aplaudirle. ¿Quién se acuerda al ver entrar en escena agonizante y despedazado al pobre Roger, después de su horrendo *vía-crucis*, de la inexplicable crueldad de su amante, de la inutilidad, para la acción, de todo el acto del cementerio y de las desconfianzas obstinadas del desventurado mancebo? Todo aquello por ilógico que nos haya parecido, se olvida y el ánimo se pasma ante la situación truculenta sí, pero grandiosa, con que el drama termina.

Por otra parte, los de Echegaray, como en general las obras poéticas de los espíritus superiores, nos enseñan que hay una verosimilitud más grande, más nutrida de verdad que la que se consigue con la copia servil de un trozo de la vida vul-

gar. En *El gran Galeoto*, por ejemplo, quizás encuentre la crítica negativa muchas inverosimilitudes menudas que señalar; pero sobre todas ellas, obscureciéndolas, brilla deslumbrándonos la gran verdad que el autor ha sabido hacer tangible en el célebre drama, la calumnia convertida por la malicia social en incitadora y provocadora del delito.

En *La scaelinata de un trono* no trata Echegaray de presentar una tesis, sino de evocar la sociedad italiana del siglo XIV, con sus frenéticas pasiones, sus tremendas venganzas, sus crueldades y sus violencias, de todo lo cual da trágico testimonio el infierno cantado por la sombría musa de Dante Alighieri. Ciertamente, espantoso es, quizás más de lo que el teatro consiente, cuanto sucede en el cuarto acto de *La escalinata*—representada por los artistas del Español, y particularmente por Fernando Díaz de Mendoza, con asombrosa verdad,—pero casi del todo queda desarmada la censura que de aquellos horrores pudiera hacerse, al considerar el cuadro histórico que el autor ha querido pintar. ¿Qué de asesinatos, crueldades y suplicios no se cometerían en una época en que había arzobispos como Rugero, capaces de hacer morir de hambre en un calabozo tapiado, á un anciano, á sus hijos y sus nietos; en que poetas como Dante describían tormentos tan refinados como no los han inventado en el trascurso del tiempo los tiranos más feroces, y en que pintores como Orcagna, exprimían su talento para presentar en la forma más aterradora posible los estragos de la muerte, reina de todos los espantos?...

La impresión que produciría un trozo de historia viva y animada, presentado en cuatro grandes frescos, es la impresión que á mí me causó *La escalinata de un trono*.

Mientras en el Español el drama trágico de Echegaray ponía á los espectadores carne de gallina, en la Comedia entretenían al respetable y no muy numeroso senado, los tres adulterios de que está formado el enredo de *Madame Flirt*. Mezcla la tal *Madama*, de vaudeville y de comedia sentimental, á ratos aburrida y á ratos picante, pasó á duras penas la noche del estreno, evidenciando, lo que para mí es cierto de toda certidumbre; á saber, que el público madrileño de los estrenos hila más delgado que el de París. Ciertamente que en toda traducción por bien hecha que esté, y aunque el traductor sea tan experto en esta clase de trabajos como Félix Llana, es imposible que se conserve toda esa gracia que depende del diálogo, del lenguaje, de alusiones imperceptibles de rasgos que solo pueden apreciar los que están saturados de la vida vivida por el autor original. ¿A quién en París harían ni sonreír siquiera los diálogos de López Silva? Pues esto mismo nos acontece á nosotros con los López Silva de por allá.

Lo que de arte verdadero tiene *Madame Flirt* es tan poco que no bastó á triunfar definitivamente de la severidad no muy rigurosa del público de la Comedia.

Con bombo y platillos se había anunciado el estreno de *La canción del naufrago*, melodrama en tres actos, libro de los Sres. Arniches y Fernández Shaw y música del maestro Morera.

El éxito no correspondió á las esperanzas que,

sin duda, tenía puestas la empresa en la nueva obra.

El asunto es el que ahora priva en el género chico: la rivalidad de dos hombres, de pelo en pecho, que quieren á la misma hembra y que á la postre ventilan el conflicto á navajazo limpio. Está la acción diluida en tres actos, y como daba poco de sí, los autores la han relleno de unos cuantos episodios cómicos que pudieran suprimirse sin que la integridad del argumento padeciese en lo más mínimo. Ni la música, que tampoco entusiasmó al público, ni las decoraciones, de Muriel, que son muy vistosas, han logrado que *La canción del naufrago* se sostenga en el cartel.

La empresa ha tenido que recurrir de nuevo al antiguo repertorio

Depende en parte este, no diré fracaso, pero sí *deséxito*, de que por regla general es difícil que de la suma de dos ingenios resulte la unidad artística que es menester en toda obra literaria. Claro es que hay autores que se parecen á las piernas de las tijeras, que no cortan, si no están unidas; mas, por regla general, como dice un vulgar, pero expresivo adagio, las medias sólo son buenas para las piernas. En *La canción del naufrago* se echa de ver lo mal que se avienen la sal de Arniches con el azúcar de Fernández Shaw. Seguramente que cualquiera de los dos distinguidos escritores habría, por sí solo, producido una zarzuela mejor que la que ha nacido de la unión de los dos ingenios.

Tampoco en el presente mes ha sonreído la fortuna al género chico.

El puesto de flores, original de López Silva y Jakson Veyán, obtuvo tan sólo un *succes d'estime*. *El niño de oro*, zarzuela en un acto, estrenada en Apolo, «subió al cielo» en el mismo momento de nacer; de *La macarena*, cuadro de costumbres andaluzas, dicen los que vieron estrenarla que fué más el ruido que las nueces; esto es, que fueron desproporcionados con relación al mérito de la obra los aplausos de la *claque*. Ya se sabe que la *claque* de la Zarzuela es tan formidable como la Guardia Vieja de Napoleón: cuando ella entra en línea, no hay protesta posible. Según me aseguran personas fidedignas, el triunfo de *La macarena* se debió, en gran parte, á las gracias de González y Orejón. Este último supo sacar gran partido de unos remiendos graciosamente colocados en los pantalones y exhibidos con oportuno donaire.

Véase como la verdadera *vis cómica* salta como las liebres, donde menos se piensa.

La novedad de Lara ha sido *El intérprete*, obra francesa arreglada á la escena española por Mario y Abati.

Un pobre diablo (Rodríguez), para matar el hambre se finge intérprete de cierto hotel de Sevilla: el hombre que no sabe una palabra de lenguas, pasa grandísimos apuros para sostener su papel, hasta que al cabo de treinta minutos de equivocaciones y quidproquós todo se aclara y se arregla (como es uso y costumbre en tales juguetes), con aplauso del público, que tanto, por lo menos, como la labor de los arregladores, premió la gracia de Rodríguez y el acierto con que Santiago desempeñó el papel de inglés.

Con actores como los de Lara no hay obra que no se salve.



EL ARIERO (Sr. Soler, I.)



LA SOBRINA (Srta. Calvo, T.)

Fots. Candela

LA VENTA DE DON QUIJOTE

COMEDIA LÍRICA EN UN ACTO, ORIGINAL DE D. CARLOS FERNÁNDEZ SHAW,
MÚSICA DEL MAESTRO CHAPÍ

ENTRE el inmenso fárrago de comedias, zarzuelas y sainetes con que los autores dramáticos abastecen los teatros de esta Corte, merece especialísima mención *La Venta de don Quijote*, estrenada á mediados del mes de Diciembre último en el favorecido teatro de Apolo. Mercantilmente considerada, no será esta obra de esas que están llamadas á resolver el problema económico de una empresa teatral; pero desde el punto de vista literario, la honrada labor del señor Fernández Shaw es acreedora á las mayores alabanzas, y este es un dato que consignamos con gusto, porque, desgraciadamente, no se encuentra todos los días un manjar selecto entre la bazofia cómico-lírica que de algunos años á esta parte se viene suministrando al público en los teatros por horas.

La prensa ha estado unánime como pocas veces al juzgar el éxito de *La Venta de don Quijote*. Desde el crítico más exigente al menos severo, todos han convenido en que la última producción del autor de *La revoltosa* es una obra en la que campean el arte, el buen gusto y la discreción, y con esto estamos conformes, pues el señor Fernández Shaw arriesgó en esta jornada acaso mucho más de lo que él haya podido suponer. Porque si en

vez de acertar, desgraciadamente le hubiese ocurrido lo contrario, además de las consecuencias que el fracaso llevó aparejadas, la crítica hubiera castigado el atrevimiento de sacar á escena á Cervantes, y al personaje que ha servido para elevarle sobre el pavés de la inmortalidad.

Si como antes hemos apuntado, el gusto del público no estuviese tan pervertido, si la crítica, que es la llamada á marcar nuevos derroteros, no apadrinase en muchas ocasiones más por bondad que por ignorancia engendros huérfanos de sentido común y de literatura, ¡qué duda cabe! *La Venta de don Quijote* quedaría como modelo de obras de lo que hemos dado en llamar género chico, atendiendo solamente á la cantidad. Pero, desgraciadamente, entre *La Venta de don Quijote* y *Enseñanza libre*, el público prefiere éste, no obstante que entre ambas producciones media una inmensidad.

Sin embargo, bueno es que el público se vaya acostumbrando á paladear los manjares exquisitos donde quiera que los encuentre, y el día que esto se consiga llegaremos á esa regeneración artística de que tan necesitados nos hallamos.

Tampoco encierra *La Venta de don Quijote* en

los estrechos límites de un acto el drama comprimido de que tanto se viene abusando desde que Ricardo de la Vega dió á la escena su famosa *Verbena de la Paloma*, que vino á señalar nuevos rumbos al género chico. También en *La Venta* hay drama, y tal vez más hondo y más transcendental, pues se desarrolla entre un loco sublime y el más grande humorista que ha tenido España. Pero en esta obra no se apela á los medios artificiosos (vulgo recursos teatrales), de que se echa mano en otras para producir efectos sensacionales y mantener vivo y latente el interés del público, y esto constituye un mal que el público paga con desdenosa indiferencia.

En *La Venta de don Quijote* no hay frases mal sonantes, ni chistes de esos que merecen caer bajo la acción del Código Penal, ni se usa para nada del tan acreditado retruécano, al que deben su fama algunos muy apreciables autores. Allí se habla como es debido; los personajes discurren con lógica, y dicen lo que tienen que decir y nada más. Desgraciadamente esta es la causa de que *La Venta de don Quijote* no dé en la taquilla el resultado que otras obras que sin tener los méritos que la que nos ocupa, se eternizan en los carteles, alcanzando los preciados honores de la popularidad.

Sacar á escena á Cervantes y al protagonista de su libro in-

mortal en un teatro donde se cultiva el género chico, y aderezar la fábula con unos cuantos números de música, aunque estos sean de un maestro tan eminente como Chapí, hubiese parecido un atrevimiento ó ligereza imperdonable, dando ocasión á que cualquier severo crítico hubiera puesto el grito en el cielo, pidiendo para el autor de tal delito la pena de excomunión mayor, á no haber logrado salir airoso del lance.

Pero, por fortuna, no habido necesidad de apelar á tales radicalismos, porque el señor Fernández Shaw, literato muy discreto, al acometer aquella empresa, verdaderamente arriesgada, ha sabido mantenerse dentro de los límites de la discreción y del buen gusto.

La Venta de don Quijote es ni más ni menos que un boceto inspirado en un capítulo de la obra del inmortal Cervantes, y el autor imagina á éste asistiendo á la realización de las hazañas del hidalgo manchego. Lo que contado pudiera parecer altamente ridículo, visto en escena produce efecto agradable é íntima satisfacción, y es que el autor, cohibido sin duda por el miedo de manchar tan grandes figuras, no ha traspasado, como antes hemos dicho, los límites de lo tolerable, resultando altamente simpático y discreto lo que en manos menos expertas hubiera resultado una caricatura digna de las más acerbas repulsas en la crítica.

El argumento de *La Venta de don Quijote* es, sobre poco más ó menos, el siguiente: En el patio de una venta de la Mancha mozas y mozos celebran alegremente la terminación de la siega, según es costumbre, cantando y bailando unas seguidillas, en las que el maestro Chapí ha hecho gala de su arte y de su inspiración. Terminada la fiesta, durante la cual nos enteramos de que un arriero que está allí hospedado requiere de amores á *Martines*, criada de la venta, aparecen en escena el cura de un pueblecillo inmediato, su sobrina, un barbero muy charlatán y el ama de llaves de *don Alonso*, á quien buscan por todas partes, pues hace días que ha desaparecido de su domicilio en com-



TOMASA (Sra. Torres)
Fot. Candela



EL BARBERO (Sr. Carrión)
Fot. Candela



DON ALONSO (Sr. Pinedo)

Fot. Candela

pañía de *Blas*, su criado, ó su escudero como aquel le llama, en pos de aventuras maravillosas. Por boca del ventero saben estos nuevos personajes que unos arrieros que marchaban por un atajo fueron inopinadamente acometidos por un hidalgo que á lomos de un asno, y armado de un lanzón, les exigió que al punto les entregaran la princesa que llevaban cautiva. Los arrieros, por toda respuesta, dieron á *don Alonso* y á *Blas* una soberana paliza, que puso fin á la grotesca aventura.

Uno de los huéspedes de la posada es el *señor Miguel*, un hidalgo manco que sobre la cubierta

de un viejo galeón se batió bravamente en Lepanto, cuyo glorioso combate relata en los siguientes términos:

Pero el serlo no impidió
que derramara mi sangre
sobre un viejo galeón.
Si aun vivieran aquel Doria,
que aunque en Italia nació,
es y será eternamente
gloria del suelo español;
y aquel don Juan valeroso
que tanta fama añadió
á la sangre recibida
del invicto emperador,



MARITORNES (Srta. Carmen Calvó)

Fot. Candela